

¿Qué vamos a hacer? EL DERECHO A LA DISCONTINUIDAD

PUEDA parecer extraño que sea yo el autor de un artículo en que se defiende el derecho a la discontinuidad. Mi trayectoria personal no contiene, en efecto, cambios espectaculares; desde la primera juventud adherí a ciertos principios morales, intelectuales y —como consecuencia de ello— políticos, y no los he abandonado. Mi obra de escritor, que empezó cuando no tenía más que diecinueve años, es muy extensa, y tengo sobre ella muchas reservas, pero nunca he renegado de ninguna de sus porciones, porque creo que siempre han reflejado lo que era mi realidad y tenían en cuenta la del mundo a que se referían.

Nada de esto tiene ningún mérito particular. Se debe, probablemente, a algunos rasgos de mi carácter: primero, una tendencia a pensar las cosas antes de embarcarme en ellas; segundo, una marcada resistencia a aceptar imposiciones, vengas de donde vengan; tercero, cierto desvío frente a la moda; cuarto, una invencible repugnancia a las «etiquetas», rótulos o fórmulas abstractas, y por tanto al partidismo.

Esto quiere decir que la continuidad de mis opiniones y actitudes ha sido considerable, que su variación ha sido siempre en vista de las circunstancias, en suma, que no tengo especial necesidad de ejercer ese derecho a la discontinuidad. Pero es que a mí me interesan también los derechos de los demás, los que no voy a ejercer personalmente; por ejemplo, los de las mujeres, o los de los campesinos, o los de los eclesiásticos.

Entre las muchas libertades que juzgo apetecibles y necesarias, una es la libertad frente al pasado. Intentaré explicarme. La inmensa mayoría de los españoles que tenían edad para ello tomaron partido en la guerra civil. Creo que los más no querían la guerra —aunque muchos no tuvieron escrúpulo en exponerse a su desencañamiento, por intolerancia frente a los que pensaban y querían otras cosas—, y no compartían sinceramente los principios y las formas que se adoptaron en ambos bandos, pero abrazaron uno de los dos y combatieron por él, en muchos casos con fanatismo, en otros con entusiasmo, en algunos con escepticismo y como «mal menor».

El final de la guerra, con una victoria «sin condiciones» y sin generosidad, que excluyó de la convivencia nacional a una gran parte de los españoles, prolongó durante muchos años esa escisión; y cuando ya empezaba a debilitarse, cuando germinaba lo que pudiéramos llamar una nueva «salida» fresca de los españoles hacia su vida pública, el viejo espíritu de discordia retendió exactamente en los primeros meses de 1956; y, lo que es más grave, se transmitió a los jóvenes, a los que por edad no habían participado en la guerra civil y entonces la «heredaron» a destiempo. A esto me refería hace poco. Si se re-

yeran los escritos anteriores y posteriores a esa fecha, se descubriría una divisoria de aguas que señala un tremendo retroceso, del cual todavía no nos hemos recuperado enteramente.

Pues bien, la primera condición para que tengamos un porvenir es que rompamos la continuidad con el espíritu de discordia. Que aceptemos, unos y otros, que se pudo tomar partido en 1936, sin que eso hipoteque nuestra vida —y menos, la de nuestros descendientes.

La convicción de que «no se debe cambiar» lleva a dos posiciones que me parecen erróneas y de mucho peligro. Trataré de ellas separadamente.

Hay, claro es, el grupo de los que se llaman «inmovilistas». En muchos casos se trata simplemente de personas que no quieren abandonar el poder, los privilegios, los beneficios o simplemente un poco de notoriedad que desconfían de tener en la vida privada o en una política de «mercado libre». Esto es explicable, pero no tiene demasiado interés. Hay, en cambio, una actitud que merece mayor atención y respeto: la de los que se sienten «fieles» al pasado, a ciertas devociones o gratitudes, a convicciones arraigadas (es menos respetable una actitud parecida en la que predominan los odios, las aversiones, las antipatías, las manías). Tengo profunda estimación por la fidelidad, pero creo que debe ser primariamente proyectiva, futuriza: fidelidad a las metas, al futuro. Creo, sobre todo, que en cuestiones públicas hay que tener en cuenta a los demás y no se pueden imponer a todos los españoles devociones particulares no compartidas. (Por supuesto que esto podría decirse igualmente de algunos reductos de los vencidos de la guerra civil, fosilizados en 1939 y dispuestos a no enterarse de nada.) Nadie debe sentirse «infel» por estar vivo, por vivir en 1975, por sentirse parte de un país nuevo, por aceptar que la realidad, ella, ha cambiado y tiene que seguir cambiando. De la mujer de Lot no se han escrito más que unos pocos versículos del Génesis, quizás un sólo.

Pero esa convicción de que «no se debe cambiar» tiene una manifestación mucho más extraña e inquietante, mucho más corruptora. Y es la de los que han cambiado enormemente, pero como no hay que cambiar, tratan de convencernos —y acaso de convencerse— de que no han cambiado, de que siempre han estado donde están ahora.

La consecuencia más inmediata es que, como nos consta que antes no estaban donde dicen estar, no acabamos de creerlos que estén ahora donde dicen. Esto introduce la desconfian-

za en la vida política y puede minarla como una carcoma insidiosa.

En segundo lugar, nos lleva a una inoportuna creencia en la magia. Si alguien que está sentado a mi derecha se levanta, da unos pasos y se sienta en una silla a mi izquierda, no tengo nada que objetar. Pero si alguien que estaba a mi derecha —tal vez muy a mi derecha— durante veinte o treinta años, de repente aparece a mi izquierda, y jura que no se ha movido, me propone creer en la magia, o, en alternativa, dudar de su veracidad.

Ambas posturas nacen del supuesto —perfectamente erróneo— de que no hay derecho a la discontinuidad. Y hay que proclamarlo. Se puede cambiar; más aún, se debe cambiar. Poco o mucho, despacio o de prisa, es una cuestión secundaria. Y el que cambia, si lo hace justificadamente, por motivos honestos, porque ha variado su manera de ver las cosas o porque las cosas han variado, puede sentirse perfectamente tranquilo y reconocer su discontinuidad. La única deshonestedad está en ocultarla —o en no permitirse, cuando es debida, acaso obligada.

Si se me apura, diría que hasta los que hayan sido más constantes, los que menos hayan tenido que rectificar, los que hayan cedido menos a los vaivenes, si quieren ocuparse de política concreta, no tienen más remedio que introducir en sus ideas enérgicas discontinuidades. Por la sencilla razón de que desde que en España dejó de haber política, la realidad nacional, europea, mundial, ha variado prodigiosamente. Y aunque ciertos «principios», muy generales y funcionales sigan siendo válidos, hay que repensarlo todo en vista de las cosas.

Por eso me aterra —simplemente me aterra— la voluntad de resurrección de los fantasmas, de las viejas fórmulas que fracasaron, pero que aunque no hubiera sido así fracasarían en un mundo profundamente distinto. Hágase una experiencia: repásense los nombres y los programas de los partidos políticos de la República, desde la extrema derecha a la extrema izquierda; y díjase si tienen algo que ver con la realidad de España —y España está en el mundo— en los albores de 1976. Esta es la razón de que no tengamos otra salida que enterarnos de dónde estamos —es lo que pregunta siempre el que recobra el conocimiento— e inventar, en vista de ello, lo que podemos y tenemos que hacer.

Julían MARIAS

LA CULPA Crónica de sucesos

UNA vez más, en la reseña de un «fait-divers» horripilante, el cronista echa mano de la socorrida, insidiosa referencia a los «intelectuales». Y en mismo «Observateur», por cierto. La anécdota importa poco. Se trataba de un episodio de la —aproximadamente— «dolce vita» romana, con los ingredientes habituales del estupro, el asesinato, la droga y todo eso. Pues bien: para redondear el comentario y que el dibujo quedase perfecto, se hacía constar el polvoriento nombre de Nietzsche. Los muchachos violentos que cumplieron la «hazaña», así, nos vienen presentados casi como pobres víctimas de las «malas lecturas». Lo cual, insinuado desde las páginas de un semanario presuntamente «de izquierdas», da la medida de su lucidez y, como no!, de su izquierdismo: lucidez e izquierdismo del papel en cuestión, se entiende. No pondré en duda el hecho de que los delincuentes aludidos —chicos de buena familia, pasados por la Universidad, aburridos— hayan leído algunos capítulos de Nietzsche. Habrán leído más papeles, y otros papeles; también: insisto en lo de «otros». ¿Por qué invocar precisamente a Nietzsche? Desde luego, la lectura de los libros de este distinguido individuo no constituye una preparación demasiado segura para que las muchachas ingresen en la orden de Santa Ursula ni los muchachos en la de San Benito. De acuerdo. Pero tampoco conviene exagerar...

«Hoy el truco a nadie engaña». Estas palabras, aunque no lo parezcan, son un verso de don Eugenio d'Ors: de un epigrama encantador que valdría la pena glosar «in extenso», con la fecha exacta. «Hoy el truco a nadie engaña: / a mal Cristo, mucha sangre; / a ruin saber, mucha España; / y la mitad más una de las publicaciones del Consejo —del C.S.I.C.— padecen de la mordacidad de la crítica orsiana...» Tampoco este truco: este otro truco. El atribuir a los «intelectuales» la culpa de lo que la sociedad bienpensante acusa como una aflicción es antiquísimo. Y no sólo de lo que esa gente considera molesto. Cualquier calamidad colectiva, en ocasiones, ha sido denunciada como una escuela de la escritura más conspicua. Descarto la escena de Sócrates y su ciuita. Pero la graciosa canción reaccionaria que denunciaba las

responsabilidades del ejercicio de la guillotina era muy taxativa: «C'est la faute a Voltaire / c'est la faute a Rousseau...» Y hace pocos años, a raíz de la derrota francesa frente a Hitler, se hizo célebre un chiste gráfico y con pie, que representaba un palurdo agrícola y anciano, cuya pinta de analfabeto era todo un poema, sufriendo el rapapolvo del propietario de las hectáreas correspondientes. Algo parecido a una escena de Mingote. Y el señor clamaba: «¡Claro! ¡Tanto leer a Proust y a Gide, visitros, ¿a dónde nos podía conducir?». La perplejidad del patán era obvia. Y risible.

Naturalmente, los «intelectuales» influyen de un modo u otro, y poco o mucho, sobre su clientela. Si no fuese así, yo no estaría escribiendo estas líneas. Uno se puede ganar el jornal, si la única pretensión es ganarse el jornal, en otros oficios, más remunerados y menos —¿por qué?— discutidos. Sea como fuere, el área de proyección efectiva de un intelectual nunca es amplia. Ni siquiera en Francia, país en donde los periódicos intentan convencer a sus compradores que la «literatura» es su «fiesta nacional», como los toros en la Celtiberia intonsa. De cada cincuenta mil ciudadanos de Francia, sólo siete u ocho compran libros y quizá los hojean. Las estadísticas lo embrollan más. En Francia y fuera de Francia, desde luego. El cupo de «lectura» «per cápita» es una idiotez, en cuanto a números: siempre leen los mismos. De vez en cuando, entre el núcleo lector, surge «alguien» intoxicado de letras. Cervantes puso un ejemplo genial: don Quijote, un obseso de fantasías literarias. La «novela», hasta anteaer, se valió con una curiosa frecuencia de personajes «lectores»: la señora Bovary, Julien Sorrel, Raskolnikov, y más héroes del papel impreso eran subproductos del mismo papel impreso que consumían. Y más que ellos, sus creadores, los llamados «novelistas», más condicionados siempre por la «literatura» que por la «realidad». Como los pintores: más por la «pintura» que por la «evidencia».

Y así: la influencia es perceptible a todos los niveles, que no son muchos. Más bien son pocos. ¿Quién leía a Proust, a Gide, antes de la invención del «livre de poche»? No los soldados

ni los suboficiales que, en las trincheras, opusieron la República Francesa al III Reich. La moral castrense, desgraciadamente, no tenía nada que ver con el asunto. Otro gallo nos habría cantado, en Europa, si en los cuarteles de Francia hubiesen sido familiares Proust y Gide, y en los de Alemania Thomas Mann o el fósil Goethe —y Nietzsche por encima de todos—, y en la Unión Soviética Tolstói y Dostoievski, y en Checoslovaquia Kafka, y en Italia —sin ir más lejos— Gramsci o el Silone de «Fontamara». Y así sucesivamente. Pero no ocurría así. Ni ocurre. La «culpa» de los intelectuales es mínima. Si las muchedumbres se ponen a incoordinar, no es por lo que la «teoría» les induce. La «teoría» suele ser posterior al incendio. No es el marxismo una criatura de Marx, sino Marx la criatura de una efervescencia, larvada o insolente, que, al final, se repliega en el marxismo. No sé si me expreso como Dios manda. Uno hace lo que puede... Y mi intención no era la de meterme en política. El origen del presente artículo procedía de una noticia anodina: de un «suceso», tan siniestro como se quiera, pero sólo «suceso».

Me gustaría apurar las distinciones que van implícitas en lo que digo. Simplificaré: matan a Kennedy, pongo por caso, y en la búsqueda de inductores doctrinales, genealógicamente, se puede llegar al padre Mariana y a otros muchos teólogos papistas y reformados que apiñaron silogismos para justificar el tiranicidio. Si Kennedy era un «tirano» o no, ya es un detalle de pura, o impura, casuística. Pero el «criminal» llamado de «derecho común» cae fuera de esta empujorrotada órbita doctrinal. Es un fulano que viola, que roba, que estrangula o acribilla a la prójima o al prójimo. Su particular dependencia de cualquier fuente teórica, efectivamente, se hace confusa. Lo de menos es cuál pueda ser. ¿Aquello de que «la propiedad es un robo»? Un ladrón, por principio —por antonomasia, mejor dicho—, es un partidario de la «propiedad privada», que por eso roba. ¿Nietzsche y lo del «superhombre» y demás zarandajas? Son ganas de enredar. Las anchas espaldas de Nietzsche han soportado peores y más justificadas cargas: la del nazismo, entre otras. Que un mal-

hechor corriente y mollente se escude en un párrafo del «Zaratrusta» ya es el colmo. ¡Pobre Nietzsche! El, que sólo era un modesto oligofrénico de hospital... Ni Nietzsche, ni los otros: Voltaire y Rousseau, ni Marx, ni Lenin. Ni nadie. Ya sé que el «criminal» deriva de una ley, y que esa ley es una ley clasista. De todos modos...

Seamos sensatos, que eso no cuesta nada. Muchos siglos antes de que existiesen los «intelectuales» calificados de «perversos», la «crónica negra» daba mucho de sí. ¡Y tanto! Cualquiera ciudad europea medianamente abierta, en los siglos XV, XVI y XVII, daba una cantidad de homicidios, de lesiones y de estafas notoriamente superior —proporciones guardadas— a lo que rinda su censo delictivo actual, cuando su demografía se ha hinchado y complicado. Me temo que los papanatas del puritanismo actual carecen de «sentido histórico». No: bien mirado, ahora se cometen menos fechorías que por hora, metro cuadrado y centenar de habitantes, que en tiempo de Felipe II. Y los que entonces se desmadraban, si leían algo, no podía ser Nietzsche: o era Santo Tomás, o Calderón, o Bossuet. Ni Nietzsche, ni Proust, ni Marx, ni Gide, ni Marcuse, ni los apologetas líricos de la papilla alucinógena: el «crimen» catalogado les era escandalosamente anterior. Cabe concluir, sin excesivo «parti pris» por la «cultura», que el asesinato, el pillaje, la arbitrariedad sexual, abundaron más, muchísimo más en la Edad de Piedra, entre los godos, los vándalos y los alanos, en la etapa carolingia, en el lio bajomedieval, durante el Renacimiento venenoso y puñalante, y hasta en el XVIII. Me limito a Europa: a la Europa «civilizada». Lo que aconteciese en la América de los Incas y los aztecas, en el Asia encerrada de los mandarines y los lamas; de los bramantes y sus parias; y en el África precolonial, y en el Antiguo Testamento, sobrecogería al más pintado. Nietzsche es un escritor «emético» —hace vomitar—, pero no tiene la «culpa». La «culpa» habría que situarla en otro terreno. La modesta, tierna, deslebadada pandilla de los «intelectuales» no cuenta para nada. No sé por qué queman librerías los ultras...

Joan FUSTER

ESTRUCTURAS inmetro



Estructuras metálicas
Solicitar información
sin compromiso

Pasaje de la Travesera 3-5-7
Tel. 236 96 32



Felicítese en el 76
"con el coche más vendido del 75"

(Simca 1200 en Fiol Roca y Aurosa)

Y para que su felicidad sea completa, por cada Simca comprado en Fiol Roca o Aurosa, Jorba Preciados le obsequia con un talón-felicitación por 3.000 ptas. a canjear en toda España. Felicítase, Simca, Fiol y Jorba: ventaja sobre ventaja.

FIOL ROCA Diputación 43 AUROSA Capitán Arenas 68

Accesorios y tubería de cobre desde 6 a 54 mm. Ø. Para agua, gas, calefacción e industria.

Manufacturas Metálicas AVIÑO SIA

Espronceda, 105
Tel. 308 52 44 - Barcelona-5